

Cuenta la leyenda que Li Bai, tan dado a la bebida como al ejercicio poético, se ahogó tratando de abrazar el reflejo de la luna en las aguas del río Yangtzé. ¿Será verdad eso que dicen: que morimos a imagen y semejanza de cómo hemos vivido?

Pero, querido doctor: no paro de hablar mientras usted permanece de pie en esa posición tan poco acogedora. Siéntese, hágame el favor. Yo me acomodaré en el sillón contiguo. Supongo que mi llamada no le habrá cogido desprevenido. ¿Un café? ¿Una copa, entonces? También yo la tomaré.

Lo que intento decirle es que no era así como había imaginado ¿cómo decirlo? ¿el final? Pero que, a pesar de todas mis reservas, estoy en disposición de llevar a término nuestra aventura.

Hemos hablado tanto, querido amigo, y aún le debo una explicación. Pero ¿cómo empezar? Supongo que lo primero sería confesarle que yo solo quería... que mi intención siempre fue, se lo digo sinceramente, doctor, ser algo así como un hombre tranquilo. Nada más. Y muchas veces he presumido de serlo. Parece evidente que no lo conseguí. No sentir nada, o hacerlo apenas, es un rasgo triste, lo sabe bien, que nada tiene que ver con la cordura ni con la imperturbabilidad ascética de la que tanto me había jactado citando a Epicuro, a Séneca y a Cicerón.

Afortunadamente, también he gozado de una vida plena gracias a un asombro desmedido que me ha acompañado siempre. Quizás por eso ejercí gran parte de mi vida como

profesor de Antropología. ¿Desconocía usted este dato? No le ocultaré que mis investigaciones siempre bascularon hacia los aspectos más oscuros de nuestra extraña naturaleza porque la cultura, doctor, usted lo sabe, no es en absoluto inocente. Ya lo dijo Freud, ¿cierto? La cultura tiene un precio, empezando por nuestra vida instintiva.

Claro que, puesta así la destrucción en el centro de la cultura, cómo iba a sorprender a nadie esta historia. Porque es esta oscuridad, doctor, esta fatal tendencia del animal humano a destruir su reflejo instintivo, la que me ha acompañado siempre. Podría relatarle multitud de anécdotas, pero contamos con poco tiempo y debo centrarme en lo esencial. Supongo que en primer lugar debería confesarle que desde muy pequeño sentí una intensa repulsión hacia todo lo irracional. Y que, por eso, en secreto, imaginaba que cometía actos horribles contra todos aquellos seres que, contraviniendo el buen gusto, el orden y la pulcritud, han sido denominados, desde el principio de los tiempos, seres irracionales. A buen seguro, doctor, hubiera continuado con aquellas ensoñaciones sádicas toda mi infancia si no fuera porque una tarde de junio —a punto de cumplir los ocho años— comenzó a apoderarse de mí una extraña ansiedad que fácilmente podría interpretarse como lo que solemos llamar culpabilidad moral. Cómo pudo embargarme semejante conciencia cuando es evidente que soy un ser carente de empatía es algo que ignoro. No me malinterprete, doctor: nunca fui uno de esos niños timoratos que tras ser obligados a comulgar se preguntan si Dios los ve cuando obran mal. Más bien comenzaba a comprender que había dos corazones en mí y que no latían al unísono. Éramos yo y mi oscuridad siempre al acecho, como un dios en miniatura. Por eso inventé los rudimentos de mi jaula de hierro, ya sabe, una serie de estrategias que me ayudaban a calmar aquel corazón oscuro con una férrea disciplina y otros medios que iba improvisando sobre la marcha: un alfiler clavado en una pierna o un corte en la piel.

Imagino que usted, como psiquiatra, comprende muy bien cómo el instinto puede mantenerse a raya, o ser olvidado durante un tiempo, pero no desaparecer. Y este comenzó a aflorar de nuevo en torno a los doce años, encarnado en comportamientos sádicos hacia mis compañeros de clase. No eran más que bromas pesadas, aunque viéndolo con la lente del futuro, puedo decir que fueron auténticos actos de sadismo.

Escondía sus estuches, o les sustraía objetos que sabía importantes para ellos; creaba malentendidos entre compañeros para crear conflictos. Solo buscaba hacerles rabiar, ver cómo sus rostros se apagaban y absorber, en el trance, toda su luz. Pasaba horas contemplando a mis objetivos potenciales, diseñando las acciones, degustando las consecuencias, no tanto por curiosidad sino por mero análisis. Había un cálculo, doctor, y, en él, me sentía tranquilo.

La cosa se desmoronó cuando en octavo curso vino una niña nueva al colegio. No consigo recordar su nombre, ¿sabe? Solo sé que su pelo castaño se ondulaba en las puntas y que poseía unos perfectos labios rojos que contrastaban con su mirada desafiante. Podía decirse que era una chica guapa, incluso muy guapa, si no fuera porque compensara su baja estatura con una voz autoritaria y una forma fría, muy tajante, de dirigirse a los demás, lo que le restaba algo de encanto. Había algo en ella que me fascinaba. Tenía —como yo— un procedimiento, una especie de ritual que me dio la pista de su verdadera naturaleza. No se trataba de nada fuera de lo común, estamos hablando de una preadolescente. Pedía permiso para ir al lavabo y a la vuelta se notaba que se había maquillado lo justo para que nadie —excepto yo, que la observaba de cerca— pudiera notarlo. ¿Que qué había de inusual en aquella práctica? Pues, como le digo, se trataba más bien de un ritual. El reto consistía en maquillarse lo justo para que no fuera perceptible por nadie. La cuestión era: ¿para qué? Nadie en su sano juicio haría algo así ¿no cree? Las normas del colegio —el Reglamento de Régimen Interno de aquel centro escolar de la orden de

los agustinos— prohibían, taxativamente, cualquier forma de maquillaje a excepción del cacao labial y solo por motivos dermatológicos. Era evidente que, a Isabel, pongamos que se llamaba así, le gustaba como a mí contravenir las normas y hacerlo por puro juego, por mera transgresión, sin extraer ningún beneficio de ello salvo sentirse por encima de ellas, como si fuera un ser elegido.

En algún momento la curiosidad se convirtió en obsesión. Un día, la seguí. Solo quería observar aquel ritual fascinante más de cerca. Los ojos de la niña brillaron al atravesar la puerta. Pedí permiso y seguí su aroma dulce por todo el pasillo en dirección al lavabo. Permanecí, encandilado, mirándola a través de la fina rendija que había dejado abierta, suponía, para mí. Suponía mal: apenas había transcurrido un minuto cuando la niña se sintió observada. En el interior de mi nube de excitación ni siquiera percibí el golpe que me hizo tambalearme como un pelele por el pasillo. Isabel, si es que se llamaba así, se quedó entonces muy seria mirándome. Tenía una mirada arrogante, doctor, cruel. Se limpió un pequeño rastro de carmín de la boca con el dorso de la mano, y me dijo con aquella voz tajante: “¿Qué se supone que estás haciendo, monstruo?”. Se me pasó por la cabeza hacer una locura. Afortunadamente, salí corriendo. Recuerdo perfectamente aquellas sensaciones, como si fuera hoy: no se trataba de vergüenza, ni de arrepentimiento, al fin y al cabo, no había pasado nada, tan solo un pequeño acto de voyerismo inofensivo. Comprendí que aquello que había estado tanto tiempo ocultando —mi naturaleza monstruosa— había sido perceptible para una niña de trece años. ¿Cree que estaba asustado? Supongo que así fue. Por eso pedí a mis padres que me cambiaran de colegio. Empezar de nuevo, ¿cierto?

Porque, querido doctor, lo que de verdad me irritaba de todo aquel asunto era que todo había caído fuera del cálculo. Y ya sabe lo que dicen: que uno deja de vivir cuando comienza a reflexionar sobre su propia vida. De manera que yo acababa de morir. Y aquella inquietud si-

lenciosa, en absoluto heroica ni culpable, hizo que, contra todo pronóstico, mi oscuridad se retrajera. Solo tenía que reforzar mi disciplina con más rigor, con más severidad. Y ahí es donde apareció mi jaula de hierro y, con ella, las molestas migrañas que arruinaron mi salud durante años. ¿El precio de la luz? Es posible.

Mi situación mejoró muchos años después, cuando, terminados mis estudios universitarios, comencé a impartir clases en la facultad de Antropología, gracias a una beca doctoral. Las migrañas no desaparecieron del todo, pero comenzaron a espaciarse en el tiempo, lo que me permitió disfrutar de una salud aceptable, más acorde a mi edad. Tenía toda la vida por delante y, en aquel momento —pensaba—, debía buscar mi propio camino. El único problema es que siempre había sido nulo para afrontar los cambios. Recuerdo que mi padre lo expresaba muy bien: solía decirme que era poco expeditivo. No le faltaba razón, al hombre; pero en aquel momento me sentía capaz de contradecirlo. Por eso decidí independizarme.

Acababa de firmar el contrato de arras de un piso en alquiler cuando recibí la noticia del accidente. Usted sabe, doctor, mejor que nadie, cuánto me afectó aquella pérdida. Sigo sin recordar los detalles. Solo sé que alguien se casaba y que el accidente había tenido lugar cuando mis padres regresaban a casa. Una colisión frontal con un Renault Mégane. Recuerdo también la extraña inercia que se apoderó de mí tras la noticia y a mis tíos y primas ocupándose de todo, de los trámites, del funeral... Supongo que, de alguna forma, se sentían responsables.

Sucede algo extraño con el desánimo: el alma se apaga, quizás nos abandona, no sabemos si de forma transitoria o no, pero el cuerpo y su inercia, continúan. Me pregunto cuánto tiempo puede sobrevivir un cuerpo sin alma: ¿Cómo llenar el tiempo que nos queda a la espera de lo inevitable?

Recuerdo que estuve catorce horas en el tanatorio y que no derramé ni una lágrima. No pasó ni un solo pensamiento por mi mente. De vez en cuando venía alguien

a hablar conmigo, a proponerme salir a tomar el aire, un café, pero yo no contestaba. Por primera vez sentí que estaba de más en la existencia. Si ellos que habían sido honrados, no conmigo, sino con todo el mundo, que se habían esforzado por ser bondadosos, habían muerto de aquella forma deplorable y prematura, ¿qué hacía yo —un miserable— aún en la existencia? Hasta entonces ser hijo único me había parecido un privilegio por todo el plus de atenciones, de regalos y cariño de los que había gozado siempre en comparación con mis compañeros del colegio, que procedían en su mayor parte de familias numerosas. Pero ahora, que me había quedado solo, aquella condición me arrojaba a una orfandad absoluta y definitiva.

Así es, doctor. Apenas había comenzado a saborear mi independencia, y ya se me había arrebatado el pasado; mientras que el futuro se dibujaba como un horizonte imprevisible. Y, cuando todo terminó —el funeral, el entierro, el duelo—, volví a lo único que tenía mío: una confortable bohordilla en la plaza Mayor que acababa de alquilar.

La última frase que les dije a mis padres —“Disfrutad del Sur”— aparecía, retrospectivamente, como una maldición.

© del texto: Rosa Martínez González, 2025
© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2025
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-19884-92-3

DL: L 725-2025

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.